

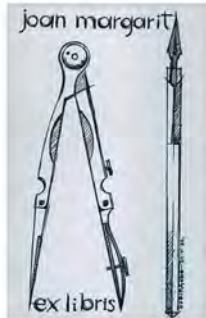
Se conocieron a finales de 1962 y su relación ya se mantuvo de por vida. Nórdica Libros publica un volumen con poemas e ilustraciones de ambos. Les ofrecemos el prólogo, en el que el poeta narra su encuentro y admiración mutuas

Margarit-Subirachs, una amistad



**Joan Margarit
Josep M. Subirachs
(ilustraciones)
La sombra del otro mar
(ed. bilingüe)
/ L'ombra de l'altre mar**

TRADUCCIÓN DEL
CATALÁN DE JOAN
MARGARIT. NÓRDICA
LIBROS. 96 / 80
PÁGINAS. 16,50 EUROS



**Josep M. Subirachs:
'Ex libris', 1982**

JOAN MARGARIT

Conoci a Josep Maria Subirachs a finales del año 1962. Yo tenía veinticuatro años y era un estudiante a punto de empezar el último curso de Arquitectura, a la vez que un joven poeta desconocido, y él era un escultor de treinta y seis años, con una obra importante y reconocida. Había puesto, hacia cinco y dos años, las dos primeras esculturas abstractas en las calles de Barcelona, la *Forma 212* en la avenida de la Vall d'Hebron y la formidable y delicada *Evocación marinera* en la Barceloneta, y en 1961 había terminado la magna fachada y las cuatro puertas de bronce del santuario de la Virgen del Camino, en León. El año siguiente, en 1963, inauguraría el bellissimo monumento a Narcís Monturiol en la confluencia de la avenida Diagonal con la calle Girona, también en Barcelona.

Aquel 25 de septiembre de 1962, se habían producido las graves inundaciones del Vallès, que causaron entre seiscientos y un millar de muertos, y se estaba en plenas labores de reconstrucción. En Rubí, uno de los pueblos afectados, mi padre, arquitecto de la delegación de Barcelona del Ministerio de la Vivienda, coordinaba la actuación de esta entidad, que consistía, entre otras obras, en la construcción de un puente sobre la riera, una obra cuyo proyecto y dirección estaban en-

cargados a Carlos Fernández Casado, uno de los grandes ingenieros de la época.

Aquellos días yo ayudaba a mi padre en aquellos trabajos, y cuando propuso un monumento conmemorativo de las víctimas de la riada en el propio puente, allí es donde conocí a Josep Maria Subirachs. No puedo recordar cómo llegó a recibir el encargo de aquel monumento: seguramente mi padre tuvo mucho que ver en ello, pero no recuerdo ningún detalle. Solo nos veo a él y a mí hablando de arte y poesía en Rubí, por la zona donde se había de construir el puente, con el interés que solo se nos despierta cuando está teniendo lugar el descubrimiento de un espíritu afín con el que nos parece tener preparado desde siempre un vocabulario especial.



Josep M. Subirachs: 'Malenconia', 2005



Joan Margarit y Josep M. Subirachs

PILAR AMMERIEH / ARCHIVO JUDIT SUBIRACHS

Josep Maria propuso incluir en el monumento —en mi opinión uno de los más emotivos que creó— un texto breve que explicase la tragedia y los sentimientos que habían llevado a erigirlo, y propuso también que yo lo redactase. Así lo hice, y siento no haberlo conservado: las autoridades opinaron que era mucho más adecuado poner unos párrafos de

un discurso del Caudillo, el general Franco.

Pero yo ya había hecho un amigo, a pesar de que entonces no sabía que sería para toda la vida. Josep Maria estaba casado desde 1955 con Cecilia Burgaya y yo me casé en 1963 con Mariona Ribalta. La amistad, ahora ya a cuatro, solo la rompió la muerte, primero de Cecilia, en 1994, y

después la de Josep Maria el 2014. Entonces vivían en la calle de la República Argentina de Barcelona, pero se trasladaron muy pronto a la casa de la carretera de la Arrabassada, que había construido para ellos el arquitecto Antoni de Moragas Gallissà. Nosotros vivíamos en un pequeño piso de la calle Sardenya, y aquella casa grande con jardín era casi siempre el lugar de los encuentros mientras nuestros hijos fueron pequeños.

Josep Maria facilitó que yo publicara mis dos primeros libros de poemas dirigiéndome a su amigo, que pronto lo sería también mío, el editor Pere Vicens, que los publicó con dibujos, claro, de Josep Maria. Aquellos libros eran muy malos poéticamente hablando pero, cuando los veo, siempre me traen el recuerdo de la buena gente que a su alrededor ayudó a que se publicaran, encabezados por el gran escultor y amigo que ahora añoro, el hombre que más fe tuvo en mí como poeta, ya en una época en que yo todavía no la merecía. Transmitió su confianza a Pere Vicens y a la madre de este, Roser Rahola, a Camilo José Cela, que escribió el prólogo del primer libro, al crítico Angel Marsà. Cuánto agradezco todavía aquel afecto desinteresado. Ojalá mi obra no haya decepcionado a ninguno de ellos.

Mariona y yo todavía recordamos a menudo aquellas acogedoras tardes de domingo que, cuando oscurecía, se prolongaban en la cena, en la cocina de aquella casa donde, en su piso más bajo, tenía el taller Josep Maria. Siempre bajábamos hasta allí todos juntos en un momento u otro. Allí él nos mostraba los últimos bocetos, las últimas maquetas de grandes esculturas o las piezas de pequeño formato que a mí me entusiasmaban. Es tan personal la obra de Josep Maria que nos es difícil toparnos con cualquier cosa, desde una gran escultura a un pequeño dibujo, sin que nos vengan a la memoria tantas y tantas veladas, las conversaciones, los ojos y los gestos nerviosos, socarrones de repente, de Josep Maria, y la sensatez y la acogedora alegría de Cecilia. A Mariona y a mí siempre nos parecía que habían educado tan bien a sus hijos que nosotros queríamos hacerlo así con los nuestros.

Josep Maria y yo hablábamos mucho de pintura y escultura y de poesía, y eso solíamos hacerlo en su taller, adonde yo iba a menudo solo, del mismo modo que Mariona se



Josep M. Subirachs: 'l'illa', 2005

veía muchas veces con Cecilia. El año 1986 fue muy importante para nuestro amigo porque recibió el encargo de llevar a cabo las esculturas de la fachada de la Pasión del templo de la Sagrada Familia, previo el montaje, en la misma obra, de su taller y de la nave para la ejecución de las grandes figuras de piedra. Casualmente, por aquella misma época, mi socio Carles Buxadé y yo habíamos comenzado a calcular, proyectar y dirigir las obras de la estructura del templo que queda-

al viejo taller, ahora rodeado de un jardín verde oscuro, alto y frondoso. Mirábamos y discutíamos uno por uno los cuadros, que él disponía a nuestro alrededor. Después, generalmente, íbamos a comer a un restaurante cerca de la casa, donde continuábamos la conversación.

Y allí, en su barrio, en una residencia asistida donde tuvo que ser internado al final de sus días, vi por última vez a Josep Maria. Cuidado, vigilado amorosamente por su hija Judit. No sé si todavía me recono-

Nosotros vivíamos en un piso; su gran casa con jardín en la Arrabassada era el lugar de encuentro mientras nuestros hijos fueron pequeños

ban por hacer y estábamos empujando todos los pilares y bóvedas de las grandes naves proyectadas por Antoni Gaudí. Fue una época difícil para las dos familias, pero nunca se rompió nuestro afecto ni las visitas y conversaciones.

La muerte de Cecilia en 1994 fue un golpe para todos. Los hijos ya eran mayores, la vida hacía los estragos que le tocaba hacer, pero los que quedábamos continuamos todavía muchos años nuestra relación. En el tramo final de su vida, fue perdiendo la fuerza física necesaria para esculpir. Su fuerza interior, sin embargo, estaba intacta y la dirigió hacia la pintura: muchas de las obras que aparecen en este libro son de esta época. Yo iba por la mañana

ció, pero no pronunció ni una sola palabra. Los tres, de alguna manera, hicimos oficial una despedida: él con su silencio, yo con mi consternación y Judit con la temura y la inteligencia que, a Mariona y mi, tanto nos recuerdan a Cecilia. Judit, hoy, la experta más importante en la obra de su padre. La niña que había estado presente corriendo y saltando por aquella iglesia, la más fea de Barcelona, la peor implantada urbanísticamente, en la plaza de San Gregorio, donde por circunstancias civiles, tan complicadas a veces del franquismo, nos casamos Mariona y yo, en una gélida ceremonia. Ella le dio calor con su alegría infantil. Éramos cuatro gatos, algunos de ellos, por supuesto, los Subirachs. |

al fondo a la derecha

Octavi Comerón

Desde mediados del siglo XIX, los artistas somos las cocottes de la sociedad: valemos para pasar el rato, somos un inmejorable signo de status, pero unas cabezas de chorlito. Movimientos enteros de las vanguardias del XX han intentado disipar ese prejuicio a base de no depilarse las piernas y abrumarnos con paredes enteras de fotocopias. Sus nietas habitan el Macba. Otros han adoptado

con entusiasmo su papel de putillas y van por la vida en *négligé* (véase Jeff Koons, o Damian Hirst) y suelen recibir a sus clientes en el Guggenheim. De vez en cuando surge de nuestras filas una cabeza clara que reflexiona con claridad sobre nuestra condición y lo (poco) que difiere de la del resto del género humano. Véase Francesc Torres, a quien cité hace un par de semanas. El mejor de los que conozco se llamaba Octavi Comerón, y murió demasiado joven.

Le conocí hace diez años, siendo yo jurado del premio Escritos de Arte que otorgaba la desaparecida (ay!) Fundación Arte y Derecho, al que él había presentado un ensayo resplandeciente: *Arte y postfordismo: notas desde la Fábrica Transparente*. La *Fábrica Transparente* es la que Volkswagen construyó en Dresde a principios de este milenio para montar su modelo Phaeton, con el que pensaba competir con Mercedes, Lexus y otros, incluso de su propio grupo, como el Audi 8. El experimento fue un fracaso, aunque probablemente el coche era una maravilla y la fábrica una preciosidad posmoderna con suelos de inmaculado arce canadiense y obreos vestidos de impoluto blanco, pero era precisamente esa falacia la que permitía a Comerón alumbra las ambigüedades de nuestra condición de artistas.

El ensayo se llevó el premio de calle: era ameno, bien escrito, sin pedantería ni moralinas. Lo excepcional es que no era sólo una opinión bien defendida sino una llave que permitía abrir algunas de las obras de arte contemporáneas y hacerlas más inteligibles. Al año siguiente, Comerón formó parte del jurado en calidad de galardonado y volvió a impresionarme la solvencia con la que defendió sus preferencias. Recomendando la antología póstuma *No es lo más natural* (Barcelona, Gredits-BAU 2014) para hacerse una idea de la riqueza y el rigor de su pensamiento.

Lo que no sabía era que Comerón pintaba. Y muy bien, además, como puede verse en la muy selecta muestra que le dedica el Museu del Càntir de Argenton hasta el 10 de abril. Apenas una docena de cuadros en los que se ve su evolución, desde sus inicios en Bellas Artes, su digestión de sucesivos estilos, hasta llegar a la serenidad y la belleza de las obras del último período, figurativas. Intensas. Magníficas.

PERICO PASTOR



ARTES

Sábado, 12 marzo 2016

Cultura | La Vanguardia

21